



Las Meninas otra vez

El interesante artículo de Ramiro Moya y la cartacomentario sobre el mismo del profesor Luis Ignacio de Arana, rebotante de inquietudes de caballerescas cortesía aparecidos en los últimos números de ARQUITECTURA, me han movido a aportar mi grano de arena, no tanto a esclarecer los enigmas que envuelven aún el cuadro de *Las Meninas*, cuanto a hacer compatibles "puntos de vista" geométricos con normas de conducta, sin que lo cortés quite..., en este caso, a lo geométrico.

Empiezo por manifestar que estoy de acuerdo con la restitución de perspectiva de Ramiro Moya y que el punto de vista del cuadro está, según mi leal saber, a un metro veintitantos centímetros de altura sobre el nivel del suelo, y creo, además, que si la restitución resulta tan exacta, es porque Velázquez, muy cuerdamente, trazó líneas auxiliares basadas en las normas de la geometría descriptiva, como osamenta de su obra, aun cuando ello no agradara a ciertos comentaristas del romanticismo.

Si admitimos también, como parece fuera de discusión, que las figuras reflejadas en el espejo son las del retrato de los reyes, en que Velázquez trabaja y asimismo que los regios modelos posaban para aquel retrato en la posición que hoy ocupa un espectador de *Las Meninas*—es decir, en el fondo del salón, opuesto al del espejo y la puerta—, fácil nos será representarnos la escena que allí se desarrollaba un día de 1656.

Aquel día posaban los reyes para que Velázquez trabajara en las figuras. Colocados los regios modelos sobre una alfombrada tarima de treinta o cuarenta centímetros de altura, tenían ante su vista el conjunto de la estancia solitaria y semioscura y sentían al pintor afanarse en su tarea, oculto por el gran lienzo. Sólo a través del espejo del fondo percibían parte de la cara anterior del cuadro y al artista en su constante actividad. El lógico aburrimiento de su inacción debió de moverles a reclamar la presencia de la infanta Margarita, que poco des-

TEMAS DEL MOMENTO

pues entraba en la estancia acompañada de su séquito.

Sin descomponer su pose de modelos, seguían los reyes con la vista al grupo que avanzaba en pos de la infanta hasta que alcanzaron el nivel del cuadro. Allí se detuvieron un instante, saludos de rigor y algún comentario sobre la marcha de la obra y los parecidos; pero el rey no los atendía ya. Había quedado la parte principal del grupo en el haz luminoso de la ventana y bañada de una luz mágica, en su centro, la infantita se ofrecía como una visión sobrenatural. El rey llamó al pintor, al mismo tiempo que ordenaba a los del grupo que permaneciesen todos inmóviles. Velázquez se acercó, según el rey le indicaba, y "vió" *Las Meninas*. No era sólo el retrato de la infanta, era aquel conjunto tal, que nunca se había pintado una cosa parecida.

El rey, que no quería ver desvanecerse el encanto de aquel instante, apremiaba a su pintor a que hiciera el milagro necesario.

Velázquez no titubeó, eligió certero el punto de vista en relación con la breve altura del personaje central, y excusándose por hacerlo, se sentó en el borde mismo de la alfombrada tarima. Por sobre sus espaldas seguían los reyes los progresos del nervioso boceto. La reina daba algunos consejos sobre el tocado de la infanta, que *Las Meninas* cumplían diligentes. Alguien sugirió que Nicolasito posara su pie sobre el mastín, lo cual admitieron, tanto éste como Velázquez sin demasiado entusiasmo.

Antes de disolverse el grupo, se marcaron en el suelo las posiciones de cada cual y dejósese abandonado de momento el doble retrato real para sólo pensar en la nueva obra.

A partir de entonces, fueron haciéndose materia sobre el lienzo, ámbito y figuras, luz y atmósfera. El personaje del fondo entró un día a algo y el propio Velázquez le pidió que se detuviera allí algún tiempo, venía muy bien para dar escala y profundidad.

Los reyes, desde el espejo del fondo, se hacían presentes en aquella escena de embrujo, porque el cuadro,

abandonado de momento, seguía allí. Pero Velázquez no figuraba en *Las Meninas*. Fué el rey quien insistió de nuevo en que todo se hiciera como él lo entrevió en un instante y ordenó al pintor que ocupara su puesto en el cuadro. Velázquez, valiéndose de los medios usuales para ello, se autorretrató, pero al ocupar su sitio lo hizo de puntillas. Su figura no tocaría al resto de las cosas. Se ha dicho que su paleta es pequeña para la obra que figura pintar, pero es que no cabía una mayor. En efecto, la contrahecha paleta casi roza la cabeza de María Agustina, a quien el artista no quiso molestar "metiendo" detrás de su tocado una paleta con las dimensiones y posición debidas.

Tampoco quiso Velázquez que su cuerpo, yendo a reflejarse en el espejo del fondo—según prescriben las leyes físicas de la reflexión—, perturbara la presencia de la real pareja.

Quizá con tan delicado comedimiento tratara de salvar, el Caballero Velázquez, su deuda de cortesía por haber dado comienzo a su obra inmortal no sólo sentado, sino dando la espalda a sus soberanos.

Bilbao, marzo 1960.

JESUS RAFAEL DE BASTERRECHEA.

De tiempos antiguos. Plaza de Oriente

Esta plaza, formada en la época de José Napoleón, con el derribo de varias manzanas que comprendían los conventos de San Gil y Santa Clara, la parroquia de San Juan, la Biblioteca, el jardín de la Priora y más de 50 casas, era entonces un espacio inmenso irregular y sumamente molesto en su tránsito en el rigor de las estaciones. Fernando VII quiso remediar el daño causado por el extranjero reemplazando los destruidos edificios con una magnífica plaza circular y un gran teatro, enlazando el palacio con la población, de la que estaba separado por aquel vasto desierto; pero Madrid, que en todo tiempo ha sido pueblo desgraciado en la construcción de sus edificios por no pensar bien las cosas desde el principio, como decía el erudito Ponz; Madrid, que vió enterrar sumas inmensas en el Campo del Moro cuando se construyeron los cimientos de una capilla que hubiera desfigurado el exterior del palacio y presentado en el interior un todo incoherente y desproporcionado; Madrid, que vió posponer los preciosos diseños de Rodríguez en la iglesia de San Francisco, a unos que fué preciso variar y mejorar en cuanto se pudo; Madrid vió también que en la plaza de Oriente se malgastaron muchos millones de reales en construir un teatro de cuya rara belleza se hablará más adelante, y dos galerías que habían de enlazar con dicho edificio, una de las cuales

llegó a estar bastante adelantada en su alzado; consistía ésta en arcos de medio punto de granito, con columnas dóricas entregadas de igual materia, y los triglifos, castillos de las metopas y otros ornatos de piedra de Colmenar. Cuando se habían sacado casi todos los cimientos de una y otra galería, se había labrado mucha piedra y se había levantado parte del alzado, entonces pareció que las proporciones de las galerías eran mezquinas y se desistió de la comenzada obra, quedando así perdido lo gastado. Si de las proporciones y demás circunstancias de un edificio no se ha de formar juicio hasta construirle, ¿para qué sirven los diseños? El resultado fué que por espacio de algunos años se cerró con unas malas tablas el inmenso espacio comprendido entre Santiago, la Encarnación, la calle del Espejo y un puentecillo en la embocadura de la calle de las Fuentes, quedando de noche interceptado el paso...

(Del *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico*. Tomo Madrid, pág. 172. Pascual Madoz.)

Nuestro rubor

Los españoles somos por lo general poco amigos de la exhibición y de la propaganda. Nos da un cierto rubor.

Tal como andan las cosas por el mundo, esto no es bueno. Hay que dar "aire" a lo que auténticamente se produzca aquí con calidad. Y que las gentes de fuera lo conozcan y nos coloquen en el lugar que realmente nos corresponde.

Entre los arquitectos que nos han visitado recientemente está el profesor suizo Alfred Roth. De la carta que escribe a un compañero copiamos:

"El recorrido por Madrid, que ustedes me ofrecieron, me ha dejado una profunda impresión de la extraordinaria actividad urbanística y arquitectónica de España. Los dos barrios de viviendas modestas (Fuencarral y Caño Roto) me han permitido conocer la evolución actual de la arquitectura de hoy en su país.

"Es necesario que se hable de ello en el extranjero más que hasta el presente lo ha sido. Yo hablaré a la redacción de nuestra revista *Werk* para que se publiquen artículos ilustrados, etc."

Muchas gracias, profesor.

Carlos M. della Paolera

El pasado mes de septiembre falleció en Buenos Aires el ingeniero Carlos M. della Paolera, que dedicó toda su fecunda actividad a los estudios urbanísticos. Fué el creador y promotor del "Día Mundial del Urbanismo", 8 de noviembre, reconocido y adoptado por todas las naciones del mundo (1949).